

El problema de la Izquierda en Argentina*

Ernesto Giudici Politólogo argentino. Actual presidente de la Unión Popular Latinoamericana. Autor de numerosos libros y ensayos, entre los cuales destacan: "Imperialismo y Liberación Nacional", "Carta a mis Camaradas", "Educación, Revolución Científico-Técnica y Reorganización Universitaria".

El problema de la izquierda en la Argentina debe ser examinado desde este hecho contradictorio: de un lado, el desarrollo creciente de ideas que genéricamente pueden considerarse de izquierda y, del otro, el debilitamiento creciente de las organizaciones de izquierda. Como este hecho configura ya una constante históricamente definida, no puede eludirse el análisis crítico. Es hoy, teórica y prácticamente, el punto de partida.

Mi propia experiencia desde la dirección de uno de esos organismos contribuye a demostrar que el problema es eludido, precisamente, en ellos, lo que no sólo es tozudez sectaria ante la realidad: es también, y en primer término, la expresión más cruda de una crisis teórica. Deviene incapacidad teórica. Cuanto más se insiste en "cristalizar" la influencia en organización más se demuestra que un dogma "cristalizante" ha venido destruyendo lo vivo, histórico, creador de las ideas primigenias del marxismo. Pero esto que ocurre en la Argentina es un fenómeno mundial que si puede definirse, simplificando las cosas, como consecuencia del stalinismo, no exime al trotskismo ni al marxismo en cuanto ellos también se dogmatizan. Lo grave en la Argentina es que esa dogmatización se inserta en un cuadro ideológico de falsas antinomias que dificulta y traba en general la comprensión de la verdadera realidad nacional y que, en el campo de la izquierda, acentúa su desubicación histórica.

El hombre es potencialmente un "todo" que se va creando y desarrollando históricamente, con aptitudes múltiples que se destacan de un modo global o unilateral en cada persona, siendo su aptitud superior la de proponerse objetivos y realizarlos. Si en el régimen burgués, tras el feudalismo, la libertad individual llega a su más elevada formulación, el socialismo no la niega al revelar teóricamente la contradicción interna que permite a unos lo que niega a otros: sostiene que la socialización económica es para asegurar más libertad y derechos a todas las personas y no para suprimirlos. Una socialización económica que no significara también la elevación de la personalidad humana en el libre desarrollo de su aptitud creadora en lo social, científico, artístico dejaría de ser socialismo para ser, aun en el caso

* Este artículo fue publicado en ICARIA, revista de crítica y cultura, N° 2, Tomo I, octubre de 1981, Buenos Aires, Argentina. Consideramos oportuna su reproducción por la actualidad de su contenido y como un aporte a una más amplia difusión de los trabajos de ICARIA, cuya circulación es restringida.

de un cambio económico real, tan sólo estatismo. Del marxismo sólo se habría tomado el cambio de relación económica y en esa unilateralidad, el hombre, mutilado, se alienaría en esas relaciones. En vez de humanizar, ese "socialismo" deshumaniza. Si le da a los hombres algún bien material inmediato es más el poder que crea para oprimirlo. Tarde o temprano, de una manera u otra, en ese socialismo estallará la lucha por una rehumanización en un nivel superior.

Cada persona es también una unidad objeto-sujeto. No es solamente un objeto como las cosas de la naturaleza ni hay un "reflejo" de las cosas en la cabeza de los hombres que no sea pensamiento de **algún** hombre. Toda unilateralidad "materialista" o "idealista" que destruya esa unidad es metafísica mutilante y alienante.

La unilateralidad es dogmatismo al convertirse en un todo vaciado y formal. El dogmatismo, al generalizar lo parcial, excluye y mutila. Lo parcial se empobrece y aísla y lo "general" es una abstracción sin contenido real. Lo históricamente concreto, definido por un "todo" relativo en el tiempo y el espacio, es reemplazado por parcialidades fijas en formas "lógicas" inmovilizadas. Si "**El Capital**", **histórico**, es inmovilizado en una **forma lógica**, al "aplicarlo" a realidades sociales concretas se procede con el preconcepto de ajustar esas realidades a la forma para "confirmarla". Esto fue sucediendo después de Marx en una tendencia que convertiría al método en sistema y a éste en una pieza única, "monolítica". Las realidades históricamente concretas son así inmovilizadas en un esquema irreal. El esquema lógico de clases impuesto dogmáticamente en cada país impide conocer la realidad histórica de sus clases y lo que es en particular cada país. Se pretende que del esquema general y único, que iguala o clasifica rígidamente, "salgan" esas realidades concretas en lugar de partir también de ellas. Tampoco el molde de hombre único e igual deberá prefigurar a las personas concretas e impedir las ideas originales.

Un marxismo eurocentrista, que desconoció otras realidades y que hasta impondría un modelo único, se convirtió en un poderoso obstáculo teórico en la comprensión del desarrollo histórico de las realidades latinoamericanas, diferentes a su vez entre sí.

En la Argentina el esquema irreal se insertó en antinomias que por su parte trababan también la comprensión del proceso histórico que nos era y nos es propio, particular, original.

Las antinomias que unilateralizan realidades parciales de la Argentina después de Mayo de 1810, erigiéndolas en el todo, dogmatizan las tendencias excluyentes, mutilan a la nación en formación e impiden su comprensión global: Las tendencias se atrincheran en interpretaciones ideológicas y éstas actúan entonces como constantes históricas. No nos referimos aquí, claro está, a las contradicciones de clases, reales en el conjunto de contradicciones reales, sino a antinomias que, como la liberal popular, aunque parten de una base real, llegan a colocarse sobre el conjunto en desarrollo y lo fragmentan dogmáticamente. Deforman incluso el

cuadro de las contradicciones regionales que en parte las motivó. El resultado fue crear una falsa oposición, y antagonismos, entre libertad política y masas, intelectualidad y pueblo, lo universal y lo nacional.

Interpretaciones parciales, dogmáticas, sectarias a veces, oportunistas otras, determinaron en el seno de la izquierda que en unos casos un "marxismo" fuera arrastrado por el liberalismo económico y hasta se identificara con éste y que otro "marxismo", al ir en busca de lo popular, fuera tragado por el "populismo". En ambos casos se trató, y trata, de "marxismos" parcializados, incapaces de abarcar desde una perspectiva **superior e independiente** un todo contradictorio, aunque en éste se vaya desde un partidismo de clase. Son pedazos de doctrina muy lejos de aquel Marx que vio al proletariado como el filósofo de una nueva visión y hablara de la clase obrera que "se constituye en nación".

Esos "marxismos", desde un dogmatismo que engendra su contrario oportunista, se insertan en antinomias anteriores y el producto es acentuar ese estigma histórico argentino que imprime su sello mortificante sobre el conjunto de la actividad nacional, que fragmenta la comprensión intelectual y teórica, que hace saltar a los argentinos de la discordia sectorizada a la conciliación sin principios, que se agrava en sus efectos, lógicamente, en los momentos de crisis y cuando más obligadas son las decisiones. Ello explica más de lo que se supone muchos de los misterios del tan incomprensible, y a veces irracional, modo de ser argentino. Somos propensos al vaivén, al bandazo espectacular.

Una verdadera izquierda marxista, por propia definición, debió superar las antinomias heredadas, pero no lo hizo. Tampoco podía hacerlo si traía sus propias limitaciones, Perdió así autoridad teórica y fuerza. Ese marxismo, elaborado en Europa a mediados del siglo pasado y que fuera generalizado dogmáticamente más allá de lo permitido por el rigor científico, impuso su simplismo esquemático ya desde la interpretación de la conquista y la colonización. Se enredó en lo feudal y lo capitalista. Y desde su entrada en el Río de la Plata, a fines del siglo XIX, se sitúa en el esquema del antagonismo oligarquía-proletariado. Según una interpretación, la oligarquía terrateniente era también la burguesía y según otra no, pero el esquema, en ambos casos, era falso. Desde él se desconoció el nacimiento, desarrollo, contenido y formas de todo lo popular que no encajara en el caudillismo rural, nuestra original realidad ganadera y campesina, las sucesivas formas del poder político, el Estado real y ahí el poder militar, la verdadera relación sociedad-derecho, lo particular de nuestro proceso educacional, lo argentino en la cultura. Lo complejo y propio de la realidad nacional quedaba fuera del esquema. Se hablaba de la "agricultura" al modo europeo pero se desconocía a la estancia. Desde una realidad fragmentada y el dogma se decía una cosa pero la realidad era otra. La discordancia fue en aumento. Vimos a dirigentes y "teóricos" exponer académicamente cuadros salidos cada vez más de su propio aislamiento. No les importaba ya a quienes se dirigían porque se hablaban a sí mismos. Lo importante era saber bien el texto y la cita con algodones en las orejas para no oír el rumor de las gentes, los ríos y las montañas. El país que mentaban no existía. El país

real, por lo tanto, no los entendía, y ellos se desesperaban culpándolo de ignorancia; exponer la "situación argentina" en el exterior requería de esos teóricos mucho derroche verbal para terminar en un galimatías.

Las masas del país real deben actuar entonces fuera de esas teorizaciones y así surgen líderes o nuevos caudillos que sabrán recoger o aprovechar, naturalmente, muchas aspiraciones de izquierda. Lo más inmediato de la izquierda se va satisfaciendo, en parte, fuera de la dirección de las organizaciones de izquierda y, a veces, lo que es explicable, contra éstas. Este es el drama, la tragedia de una izquierda de petulante elitismo u "obrerismo" a la que gran parte de las masas populares y de la propia clase obrera enfrentan. Como la desubicación inicial no se corrige porque en el dogma jamás hay rectificación ni autocríticas, las direcciones derrotadas o simplemente desconocidas se refugian más en sí mismas, se identifican más con sus aparatos, se cristalizan ellas mismas hasta en sus cerebros; al mismo tiempo crece la rivalidad entre ellas a tal punto que para una de esas izquierdas no hay peor enemigo que las otras izquierdas: destruirse entre sí pasa a ser tarea prioritaria. Así como en algún momento combatir el yrigoyenismo y no a la oligarquía, y en otros al peronismo, fue preocupación dominante en alguna izquierda, también lo fue, desde una izquierda centrar la lucha para impedir el ascenso de otra izquierda.

El esquematismo antinómico hizo que organizaciones y corrientes de izquierda se dividieran continuamente hacia el "liberalismo" o hacia el "populismo". No se trataba de "unidad" o coincidencia, sino de traslado mecánico, oportunismo y pérdida del rumbo propio e independiente. Desde una de esas posiciones, la más enemiga era "la otra". Si hubo un liberalismo de izquierda identificado con la oligarquía, también hubo una posición que, por "anti-oligárquica", fue antiliberal en el sentido de despreciar la defensa de las libertades políticas, acusadas de "burguesas". En nombre del marxismo se cometieron atrocidades teóricas, dignas de una antología. Un "obrerismo" marxista hizo gala de su anti-intelectualismo y desde éste y desde un teoricismo tan pobre como ampuloso se subestimó todo lo pedagógico y universitario que se moviera más allá de los moldes de la "cultura proletaria". El marxismo fue rebajado al más crudo economicismo. El intelectual, que en una época iba al marxismo por lógica atracción hacia una concepción superior, fue poco a poco desalojado de esa izquierda y obligado a ser de izquierda en otro lado y a su modo o a no saber ya qué es la izquierda. Los más intelectuales y "obreristas" fueron los pocos intelectuales que quedaron aferrados, sin competencia, a los aparatos. En su haber consta una verdadera persecución intelectual y la destrucción de muchos bienes y entidades intelectuales. Los destruyeron desde "adentro".

En alguna de esas organizaciones la historia pasa en vano. Cuando es ya innegable que el país es capitalista, aunque, como se dice, con "atraso y dependencia", un dirigente exhuma una tesis de 1928 para detenerlo en la oligarquía terrateniente y el coloniaje bajo el imperialismo. Desde una organización opuesta se afirma lo mismo. A esto se le opone el otro extremo de las formulaciones inmutables:

país capitalista y salto al socialismo. Las tesis estereotipadas impiden definir la realidad de modo menos tajante. Yo ya desde 1940, al estudiar desde los hechos, los datos precisos y el contacto con las cosas, el desarrollo capitalista en la Argentina, sostuve que él se operaba en parte al modo prusiano, es decir, en conciliación con la oligarquía terrateniente. Esto y todo lo demás que completarían cuadros reales - y que no corresponde exponer aquí - permitía conocer mejor lo irregular de nuestro proceso y esas características originales que los esquemas, por cierto, deben pasar por alto. Sólo en esa dirección se puede apreciar mejor la base económica del poder político, que no se limita además a una simple "superestructura". Y el contenido y formas del poder político es, en definitiva, como concentración, lo fundamental para caracterizar una situación histórica y la actitud de cambio ante ella. Esto exige obrar ante la totalidad del cuadro y no sólo en una de sus facetas, reales o imaginarias. Pero esto es pedir mucho a esas mentalidades que no admiten nada nuevo substancialmente, ni en lo económico ni en lo estatal, desde 1928. Con un **diktat** semejante, los a él subordinados sólo pueden hacer el ridículo o desobedecer. Esto les está ya ocurriendo a algunos argentinos ante la superación dogmática en varios países de América Latina. Pero el dogmatismo argentino no cede. Prefiere morir de pie.

Hay, pues, una izquierda "marxista" que agoniza, desesperada, mientras crecen las aspiraciones socialistas y maduran otras ideas socialistas. Decimos "idea" intencionalmente y no por desconocimiento del léxico técnicamente ortodoxo. El socialismo es una idea a realizar porque aunque tenga un fundamento científico es un objetivo subjetivamente propuesto por unos hombres frente a otros hombres. Las "condiciones subjetivas" no están mecánicamente determinadas por las "condiciones objetivas": aquéllas son también determinantes del objeto. Por ello, en cada país la socialización estará a la altura de los que la conciben, planean y realizan, claro está, en el juego cambiante y dinámico de las cosas. No hay, pues, un solo modelo socialista en el cual los hombres sólo son custodios de su pureza. Las ideas socialistas se renuevan y surgen nuevas necesidades y realizaciones socialistas. En lo esencial, el socialismo sigue siendo un "movimiento" como en los orígenes aunque sea a través de partidos, de organizaciones más severas y técnicas más rigurosas. Es justamente lo "móvil" lo más apto para esa mayor elevación en el dominio del hombre sobre la naturaleza y sus propias conquistas. El marxismo no debe ser la izquierda del absolutismo hegeliano.

La inmovilidad dogmática en que la "organización" cerrada primó sobre la idea influyó mucho para que tanta gente saliera de ella desesperanzada. No nos referimos a los de convicciones débiles o incapaces de aceptar una disciplina. Esta es necesaria, y aún rigurosamente, pero sólo en la medida de lo necesario a la idea que se quiere realizar. El caso es que verdaderos torrentes de personas pasaron en la Argentina por las organizaciones socialistas y comunistas y no pudieron quedarse, y eso no es imputable a aquellas. Y con esto retomamos el problema con el cual comenzamos estas líneas: desarrollo creciente de las ideas socialistas, debilitamiento creciente de las organizaciones.

Se confirma, a nuestro entender, que esa contradicción es hoy el punto de partida.

Si se parte de aparatos y dogmas que han caducado históricamente, los esfuerzos se malograrán. Desde la idea socialista, fundada en las nuevas realidades y los nuevos objetivos, otro torrente nacerá. Pero tanto los nuevos como los viejos socialistas tendrán que partir de la valoración crítica de una larga trayectoria en la historia argentina. Es la crítica de la izquierda **desde** la izquierda. Un hombre de izquierda, hoy, en la Argentina, que no examinara críticamente por qué fracasaron, una tras otras, las organizaciones de izquierda después de los orígenes impetuosos de las ideas socialistas, anarquistas y comunistas, es un burócrata empecinado o un charlatán que parlotea sin querer explicarse a si mismo el por qué de la contradicción que, como problema central, es el hilo explosivo de esta breve y sintética introducción a un análisis más completo.

Esta crítica es necesaria para aquellos que no pertenecen a las organizaciones en crisis y aspiran a un reencuentro de tantas ideas socialistas dispersas en una nueva perspectiva. La contradicción debe ser conocida y explicada también por los que entran ahora en la idea socialista. Y los militantes que quieran salvar algo, deben hacer el más profundo análisis crítico desde el seno mismo de aquellas organizaciones.

El problema es teórico. La crisis es teórica y no de tal o cual táctica. Aunque la acción no se detenga y lo inmediato sea atendido, sólo la reubicación teórica permitirá iniciar un nuevo momento en el proceso de las ideas sociales argentinas.

En esta encrucijada, lo más práctico es la teoría, guía metodológica, tras su reelaboración, de más firmes, amplias y trascendentes acciones.

"Izquierda" es un término convencional de un significado genérico pero preciso. Para distinguirse de la derecha conservadora ha de ser el cambio progresista mismo. El socialismo debe ser lo revolucionario mismo en todos los aspectos del conocimiento y la actividad humana. Para cambiar un todo hay que tener una comprensión global de él. La idea socialista debe comprender al país en su conjunto en un mundo también en su conjunto. Sólo así puede superar falsas antinomias y preciar cuál es la verdadera demarcación entre lo que se estanca y lo que nace. Sólo en lo global se puede cambiar desde las partes hacia otro conjunto: es el partidismo en un todo.

Por ello debe ubicarse también en la crisis global del país y explicarla. La derecha - toda ella - está en crisis. La demarcación derecha-izquierda en el seno mismo de los viejos partidos (conservador, radical, ahora también el peronismo) va situando en la inoperancia a los conglomerados que pretendan sobrevivir como dueños del país o policlasistas. El "populismo", progresista en un momento y no comprendido por una izquierda en el curso original de nuestra historia, no puede pretender que la izquierda sea su furgón de cola. La izquierda debe ser también

locomotora. Y como tal tiene perspectivas propias: valora lo útil del populismo **en un momento** y lo supera; convoca a la izquierda a que se sitúe en la izquierda.

A la crisis política argentina que precede al actual "proceso", se agrega ahora la de éste. Como en otros trances críticos, también ahora puede ensayarse una nueva conciliación como un manto que oculte todas las divergencias. Puede inventarse una piel nueva para viejos conglomerados amorfos. Esto estaría muy a tono con el vaciamiento en la regresión política argentina. La tan ansiada "unidad de todos" sería en realidad una **suma** de crisis orgánicas y en definitiva **nada**. A muchos "izquierdistas" - o izquierdosos - se les presentará un dilema de hierro: ¿a la cola en el parloteo?

Para los que se sitúan en la verdadera izquierda, la decisión es clara: con lo popular, sí, pero en una perspectiva propia e **independiente**. Para los socialistas - tomando este término genéricamente - la perspectiva es el socialismo, lo que no significa que la "etapa" inmediata sea socialista. Y a propósito de "etapas", esto es también algo que ha perdido vigencia teórica. El esquema de las limitaciones rígidas debe ser superado por la concepción de un todo que avanza por grados en la interacción y cambio de sus integrantes. Tampoco puede insistirse en el hábito libresco de "resolver" los conflictos con citas e imitaciones de soluciones válidas para otros momentos históricos. Y con ello deben ir desapareciendo muchos "ismos" personalistas.

En el vaciamiento regresivo argentino hay una izquierda que también se fue vaciando en formulaciones abstractas, tan generales como minúsculas son las tareas empíricas que se realizan. El vaciamiento regresivo se revela hoy en la superficialidad epidérmica en que se presentan los problemas cotidianos. La censura contribuye a que el deporte llene las pantallas de televisión. La censura, sin embargo, sólo oprime en parte: hay un vaciamiento mental, una incapacidad creciente de los estancados ante los nuevos problemas sociales e intelectuales. El miedo reaccionario a la inteligencia y a lo joven fue matando inteligencias y cercenando juventudes. Una izquierda, por su propia declinación, se fue identificando con esa regresión y llega a considerar un orgullo su antiinteligencia en unos casos, su chato nacionalismo en otros.

La idea socialista - repetimos - debe ser integradora en la global y saberse y sentirse vanguardia. Si valora lo popular ante el liberalismo económico de la época oligárquica, ahora ha de ver lo popular en una perspectiva socialista y ésta en unidad con la revaloración de las ideas de libertad en lo político e intelectual. No debe ceder a la mediocridad izquierdista que teme hablar también de revolución científica técnica. La teoría es previsión.

La izquierda debería dar el ejemplo de la necesidad de re-hacer el país. En un país en debate, más imperioso que querer salvar una formalidad reemplazándose un ordenancismo por otro, es poner ideas en movimiento en una amplia y profunda controversia de la cual surjan objetivos y planes concretos acerca de la "otra" Ar-

gentina por construir. La izquierda debe sacar a los argentinos, del plazo corto, del ver cada vez menos, del solo salir ahora del pantano, de ese apresuramiento lógico de los náufragos que no pueden aspirar más que en salvar cada uno su vida. La izquierda es objetivo largo o no es izquierda.

Lo nuevo no debe partir de restos inertes del pasado sino de lo realmente nuevo a elaborar. De una frescura que no deberá ya ser cristalizada en organización. La organización debe ser tan móvil como las ideas. No se trata sólo de cambiar el "rostro" en el socialismo: lo humano arranca de todo el cuerpo.

Esta crítica de la izquierda es desde la izquierda. Rechazamos las imputaciones desde la derecha aunque las fallas de la izquierda expliquen la crítica. Nuestra crítica de una trayectoria no significa que se desconozca todo lo grande y creador que hubo en el pensamiento de izquierda y socialistas desde fines del siglo pasado. Lo retoma. Hay memorables momentos a reivindicar, luchas heroicas del proletariado y las masas populares, combates periodísticos, tribunas y libros, una legislación obrera obtenida por la iniciativa de grandes representantes parlamentarios y la lucha gremial, un sacrificio doloroso y fecundo, sangre, sudor y lágrimas. Es pues inadmisibile que subsista el término "cipayo" aplicado al socialismo de una época y que se utilicen calificativos injuriantes a notables esfuerzos izquierdistas de otras épocas. Criticar teóricamente a **una** izquierda que no supo ver y apreciar fenómenos populares de gran envergadura no significa considerar que la izquierda y el socialismo argentinos nacen con el populismo. Este debe también autocriticarse.

Pero lo que más importa en el tema tratado es que en la izquierda de hoy se reflexione, tras el panorama trazado, acerca de por qué y cómo la izquierda se ha destruido tanto a sí misma. Responder, pues, al problema planteado. Y definir y concretar las nuevas perspectivas.